

REVUELTA EN AMSTERDAM

Por EDUARDO HARO TEGLEN

A SALTO a la capital», escribe el periódico calvinista «Trouw». «Sedición en Amsterdam», titula «De Telegraaf» —que sufrió muy directamente el ataque en su edificio—. Una imagen tónica de Holanda se ha roto el 14 de junio. La imagen apacible y bucólica de los molinos de viento, las enormes vacas, la mantecilla y la denodada lucha contra el mar. Algunas personas se han sorprendido. ¿Por qué un país con un nivel de vida alto sufre una convulsión social de esta envergadura? ¿Por qué un país tradicionalmente pacífico se incendia, de pronto, con una revuelta? De ahí a deducir que hay manos ocultas, provocaciones o agitaciones profesionales no hay más que un paso. El hombre prefiere siempre buscar explicaciones mágicas a destruir sus tópicos.

Pero el caso de Holanda no es único ni aislado. Su vecina —y hermana de Benelux, Bélgica— lleva años sufriendo convulsiones sociales. Francia celebraba el mismo día 14 una jornada nacional de huelgas de reivindicación —aumento de salarios, reducción de horas de trabajo y garantía de empleo—. En Gran Bretaña la huelga de la marina mercante es una catástrofe nacional, hasta el punto de que un grupo de Bancos internacionales ha tenido que correr en socorro de la libra esterlina. Italia conoce continuos movimientos de huelga. El tipo de inquietud que hace nacer este conjunto de movimientos es importante. Habíamos quedado en que el capitalismo europeo se había hecho popular, los repartos de rentas nacionales más justos, las ventajas sociales más progresivas. Habíamos quedado en que ahora los obreros, con televisor y refrigerador y cochecito popular y buena mesa puesta, no tenían quejas. «Si, siguiendo la definición de Marx, llamamos "sociedad de clases" a una sociedad constituida por los "dos grandes campos enemigos" de la burguesía y del proletariado, irreductible y ferozmente opuesto en este combate hasta el final, que debe determinar la evolución futura de la humanidad, se puede netamente afirmar que nuestra sociedad ha dejado de ser una sociedad de clases». Esta opinión del profesor Schelsky en su «Sociología» no es personal: la repiten continuamente los sociólogos conservadores europeos. Se dice que la clase obrera, «el ex proletariado», ha pasado de ser un «out group» a ser un «in group»; es decir, a sentirse plenamente integrado en una sociedad sin clases. Se dice que «el obrero podía subir a las barricadas en el Lyon de 1832, porque su grito de guerra era "pan o muerte"; pero no saldrá a la calle para poder pasar del nivel de un automóvil de dos caballos a uno de cuatro caballos» (Schelsky). Sin embargo, en Amsterdam han salido a la calle y han luchado a brazo partido con la policía —más de cien heridos—, porque les descontaban un dos por ciento de la «prima de vacaciones» —que equivale al seis por ciento del salario anual—. Y en Gran Bretaña llevan un mes de huelga los marinos porque quieren semana de cuarenta horas y vacaciones pagadas. ¿No nos encontramos de nuevo ante la lucha de clases? Algo, sin duda, ocurre. O bien el capitalismo popular no es tan eficaz por ahora como se nos describe, o bien la noción de clase social no se colma con un televisor y un automóvil y los más desfavorecidos tienden siempre a cubrir— aun con la violencia— la distancia que les separa de los privilegiados. La premura con que las bancas mundiales se han apresurado a sostener la libra esterlina para tratar de tapan la brecha abierta por la huelga de los marinos es un acto de lucha de clases, de defensa de una estructura capitalista contra una estructura obrerista. El hecho de que el intermediario sea un Gobierno laborista, el de Harold Wilson, no vie-

ne más que a demostrar que existe una falsificación política de conceptos, pero que en el fondo hay todavía en Europa un vivo problema de clases sociales.

PARA considerar el caso de Holanda es preciso desprenderse de tópicos. Por muchas vacas, muchos molinos y muchos tulipanes que tenga, no se puede considerar al holandés como un hombre «blando». La tenacidad con que ha trabajado para ganar terreno al mar, la creación de cuatro de las más importantes empresas de Europa —Royal Dutch Shell, Unilever, Philips, AKU— son rasgos muy descriptivos; la fuerza de su expansión colonial hacia Asia y las Antillas y la dureza con que ha sostenido los intentos de rebeldía de sus colonizados son definitivos. En segundo lugar, no es un pueblo conformista. Hubo una época —1910— en que era el foco de las revoluciones europeas. El hecho de que uno de los principales partidos políticos de hoy se llame «Partido antirrevolucionario» (formado por los calvinistas, tiene trece diputados en la Cámara y tres ministros en el Gobierno) parece explicar que hay, o al menos se sospecha, una fuerte tendencia revolucionaria.

El país es rico. La pérdida de las colonias no le han hundido en la miseria, como proclamaban los colonialistas, sino al contrario, le ha permitido un mayor florecimiento. «El nivel económico, social y cultural de los holandeses es más elevado que el nivel medio europeo. La agricultura, que en 1900 representaba el 40 por 100 de la actividad nacional, ha descendido al 9 por 100. Es el país más industrializado del mundo. En el plan social estamos tan avanzados como los países escandinavos, gracias a nuestra estabilidad que ha favorecido la expansión. En el aspecto cultural, Holanda es el país de Europa que publica más libros por habitante». (Declaraciones de Luna, ministro holandés de Asuntos Exteriores, a «Réalités», número de febrero de 1966.) Pero la política holandesa no ha conseguido aún enjugar los problemas típicos de la prosperidad: es decir, la inflación consecuente al aumento del consumo individual y de los gastos públicos. Los salarios aumentaron un 10 por 100 en 1963 y un 15 por 100 en 1964; sin embargo, el consumo privado sólo pudo aumentar el 6 por 100 y el producto nacional bruto un 5 por 100. El déficit en la balanza de pagos era de 300 millones de florines en 1963; pero en 1964 era ya de 2.500 millones. El Consejo económico y social tiene previsto que al terminar este año económico los precios habrán aumentado un 17 por 100. Es decir, que las clases menos favorecidas ven continuamente que el crecimiento de la prosperidad nacional se traduce en una menor posibilidad adquisitiva. En estas condiciones el descuento de un dos por ciento sobre la «prima de vacaciones» en un país ya ahogado de impuestos —suponen el 27 por 100 del producto nacional bruto— provocó las manifestaciones de protesta.

Estas manifestaciones y su represión hubiesen sido no violentas si no hubiese ya un clima de inquietud y de malestar. La Policía es impopular desde hace tiempo. Muchos de sus miembros proceden del antiguo ejército colonial y están acostumbrados al manejo fácil de las armas. Por otra parte, están escarmentados por una importante serie de manifestaciones que han tenido que reprimir. La cuestión de la boda de la princesa real con Carlos Hugo de Borbón-Parma suponía algo más que un problema íntimo de la familia de Orange. Su conversión previa al catolicismo agudizó el problema religioso del país (40 por 100 de católicos, 37,5 de protestantes de varias sectas) que se



Las calles de Amsterdam, habitualmente tranquilas, han tomado estos días el aspecto de la violencia. Guardias armados con metralletas, atentos a cualquier señal.

muestra tanto en el Gobierno —donde la dosificación religiosa se hace siempre cuidadosamente— como en los sindicatos y por primera vez alcanzaba la familia real. Una nueva boda vino a perturbar la situación: una princesa con un alemán al que se achaca haber sido nazi, y todo el mundo sabe lo que sufrió Holanda bajo la ocupación que violó su neutralidad. La familia real ha dejado de ser respetada. En los dos casos hubo días de manifestaciones violentas, y esas manifestaciones fueron reprimidas con mucha dureza por la Policía. Se achacaron a los «*provos*». Es decir, a los jóvenes rebeldes. La juventud rebelde holandesa no es tierna y pasiva como la americana —los «*beatniks*»— ni literaria y sexual como la inglesa —los «*angry young men*»—; los «*provos*» holandeses son violentos. ¿Qué les pasa a los jóvenes holandeses? Lo que a los de todo el mundo occidental. Un desajuste entre su situación, entre su «*status*» juvenil, y la codificación estricta de las costumbres; un desencanto ante la sociedad de abundancia en la que ellos no se encuentran incluidos. Los «*provos*» han llegado a tener un representante en el Concejo de Amsterdam. Se encuentran frustrados. Sin embargo, su participación esta vez en los movimientos de Amsterdam ha sido escasa. Se han unido a los obreros, pero quienes han incendiado automóviles, han intentado el asalto del «*De Telegraaf*» y han luchado con los guardias, han sido los trabajadores del puerto y los de la construcción, estos últimos irritados por la muerte de uno de los suyos —según la Policía, de un ataque cardíaco— en plena reyerta.

Otro motivo de cólera ha sido el pacto entre la Policía y el hampa. No sé bien si a este hampa de Amsterdam se le puede dar el clásico nombre de «*lumpenproletariat*». El hecho es que, armados de

palos, han colaborado con la Policía en la represión de los manifestantes. Amsterdam parece una ciudad inventada para los desórdenes callejeros de origen social. Es la primera ciudad industrial del país. En torno a las industrias, la población se ha hecho principalmente obrera: hay 150.000 trabajadores manuales en una población total de 870.000 personas. Los obreros portuarios —un puerto por donde pasan veinticinco millones de toneladas al año— tienen una enorme fuerza en la ciudad. Estas condiciones de Amsterdam no son determinantes, pero sí son factores importantes en un movimiento de este tipo. Hay que advertir, sin embargo, que el comunismo no tiene gran peso en la ciudad ni en el país. Cuatro diputados en una Cámara de 150 es una dosificación bastante baja.

DS de prever que los problemas holandeses no terminen aquí. La situación se presenta como un complejo. Hay un desencanto económico como producto de la inflación; este desencanto agudiza los problemas ideológicos, el encuentro catolicismo-protestantismo; el cual ha alcanzado a la familia real, que de esta forma se ha debilitado y ha abierto, por primera vez en la historia del país, una cuestión de régimen. Sobre ese contexto, la juventud frustrada no encuentra canalización a sus deseos de actuar y de configurar la sociedad a su imagen y semejanza. Y no queda el antiguo recurso de enviarles a colonias. Se piensa ahora en una modificación del Gobierno; pero la abundancia de minorías hace difícil que cualquier nuevo Gobierno pueda presentarse con carácter de novedad, puesto que para sobrevivir en el Parlamento tendrá que mantener las dosificaciones actuales.

(Foto TORREMOCHA)